

No había en las palabras de Javier ningún signo de crítica o reproche al Papa, cosa que nunca descubrí en él, sino el deseo de iluminar un aspecto que a él le parecía no estar suficientemente expresado en los textos pontificios, aportando su parecer. No recogí en mis apuntes la respuesta de Ruiz de la Peña.

Al acabar la clase agradecí a Javier la libertad y valentía con la que se había expresado y la limpieza de su expresión. También allí aprendí que en la Iglesia debiera haber un mayor espacio para el diálogo y el contraste de pareceres, sin que ello significase ni crítica para unos ni descalificación para otros. Necesitamos ese espacio de libertad de expresión y de opinión pública en la Iglesia.

Vi a Javier por última vez en un Encuentro organizado por ese magnífico foro del diálogo Fe-Cultura que es el Centro Pignatelli, y ahí recibí el penúltimo ejemplo por parte suya con ocasión de una imprudencia por parte mía. Si lo cuento es porque he conocido muy pocas personas como él, que sepan sacar una respuesta positiva de una pregunta impertinente, y Javier me dio una estupenda lección que ojalá sepa imitar cuando yo sea preguntado y evitar cuando vaya a preguntar. La cuestión es que le dije: «Javier, sé que no me lo vas a decir, pero ya me gustaría saber por qué te han mantenido tantos años en Huesca». Y su respuesta, con mucha aproximación fue: «¿Sabes lo que me pasa? Que me siento en Huesca como esos matrimonios ya muy mayores, a los que se les ve pasear juntos y felices, pues así de feliz me siento yo en Huesca». Con lo que una pregunta mía muy poco afortunada, se convirtió en una magnífica enseñanza que ahora recuerdo agradecido. Y como siempre, la misma elegancia en Javier, sin concesión alguna a la queja o a la crítica.

Le escribí estando enfermo. Y en mi siguiente llamada telefónica, estando ya muy débil, tuvo el gesto de ponerse al teléfono para agradecerme la carta. Amigo hasta el extremo, gran persona hasta el final de su vida.

He escrito antes la palabra «penúltimo» y la he escrito conscientemente: porque otros muchos amigos, sobre todo los más cercanos a él, y muy especialmente sus hermanos y hermanas, nos han hablado de palabras y gestos de Javier más significativos que los que yo he reflejado aquí. Y porque Javier sigue hablando. Como lo hizo, ya viviente en Dios, el día de su entierro. No hubo funeral, sino Eucaristía en la más genuina expresión de la palabra: acción de gracias a Dios. Se celebraba toda la vida de Javier y lo que ella supuso de don de Dios para la Iglesia, para el mundo, y muy especialmente para el mundo de los pobres. Dios era glorificado en Javier y Javier era definitivamente glorificado por el Padre. En consecuencia, al celebrar la Vida y la Acción de gracias, todo el pueblo se vestía de blanco, el color de la resurrección. Y, por fin, sobre su tumba se grabaron con acierto las palabras de Pedro referidas a Jesús y válidas para los que le siguen: «Pasó haciendo el bien».

Javier, ¡vives en Cristo! Un abrazo.

Desde la gratitud, en recuerdo a José María Conget

Rev. Aragón. Teol. 15 (2002)

José Luis Labat

Eran días de Pascua recién estrenada, allá por el año 1990, cuando por correo recibía una carta procedente de Pamplona. Venía firmada por quien, pocos días antes había sido preconizado Obispo de Jaca. Se trataba de una agradable y cariñosa carta de presentación. La nota curiosa fue que la lectura de uno de sus párrafos suscitó gráciles comentarios. Tal es así que, literalmente, fue aprendido de memoria por más de un miembro del presbiterio jacetano. Rezaba así: «¡Qué geografía!, me dicen, ¡Qué gentes!, ¡Qué paz!, ¡Qué clero!, ¡Qué bondad innata!, ¡Qué diócesis!».

Tanta reiteración admirativa, tanto calor en el saludo, producía una extraña sensación en un auditorio más bien acostumbrado a la distancia y a los gélidos sentimientos de la montaña. Sorprendentemente, este párrafo había provocado ya una sonrisa sin que fuera necesario el encuentro personal con quien lo había escrito.

El hecho es que José María Conget, autor de aquella carta, encandiló con su simpatía epistolar antes que con su presencia. ¡Cayó bien el nombramiento de este Párroco de Pamplona!. Además, y no es que fuera razón baladí por aquello de la importancia de contar con Obispos de la tierra, éste recién nombrado, era natural de Tauste. Si bien, y como luego conoceríamos, desde muy pequeño, apenas con cuatro años de edad, se había visto obligado a trasladarse a Navarra a causa del fallecimiento de su padre, parte de su familia había echado raíces en la citada localidad cincovillesa y no había olvidado sus orígenes. Sus hermanas vivían en Tauste y, tal vez no por casualidad, su ordenación episcopal tuvo lugar en la fiesta en honor a la Virgen de Sancho Abarca.

Efectivamente, aquel 21 de abril de 1990, Tauste y Pamplona, símbolos de su procedencia, acompañaron al nuevo Obispo hasta su sede de Jaca, tal vez sin llegar a imaginar que allí, en la Capilla de San Miguel de la catedral jacetana, años más tarde, descansarían sus restos para siempre...

De su llegada a la diócesis altoaragonesa guardo memoria de la gran vitalidad derrochada en aquellos primeros momentos. Su interés por estar presente, por visitar, por conocer de primera mano todo lo concerniente a la diócesis jacetana. Fruto de aquella táctica de reconocimiento se presentó un día en la casa parroquial de Baillo, lugar donde nos reuníamos los miembros del entonces Arciprestazgo de la Canal de Berdún, y también lugar de residencia a la sazón de quien por entonces atendía pastoralmente la zona. Acompañado de quien sería su inseparable chofer hasta que le permitió la salud, Juvencio Buey, el Obispo Conget llegó con bastante antelación a la hora fijada para el encuentro. Se le notaban las ganas por comprender la realidad

que tenía delante, y también cierta prisa para poner en marcha sus proyectos. Pero era un hombre delicado, y sabía de prioridades, particularmente las afectivas. Quería saber de cada uno y de sus circunstancias; por eso no le resultaba ajeno el entorno familiar de sus curas y gustaba de alguna que otra escapada, sobre todo en las noches de verano, para compartir mesa y coloquio «en familia» y «al natural», como más a gusto se encontraba.

Y lo de familia y natural va entrecomillado, tal vez porque en él era algo espontáneo, sin aprendizaje aparente. A este respecto recuerdo que, pocos meses después de su llegada a la diócesis me encontré con él en la calle Mayor de Jaca. Como siempre, el encuentro con él era fácil. «¿Y a dónde vas?, me preguntó. Pues no se lo va a creer, le dije, voy a la búsqueda de alguien que me supla este domingo las tres misas de los pueblos. Tengo un compromiso, la ordenación de un compañero a la que me gustaría asistir, y no encuentro a nadie disponible... Pues no te preocupes que ya las celebro yo». Y así fue. Aquel domingo de agosto las pequeñas comunidades cristianas de Arbués, Larué y Bailo contaron con un cura que suplía a un compañero.

José María Conget fue un Obispo con talante de Párroco. Así lo definía un sacerdote de Jaca, Marino Sevilla, en el programa *El Espejo de la Iglesia en Aragón* emitido desde Jaca el día del funeral de Monseñor Conget: «Desde su ordenación sacerdotal en 1951, D. José María Conget permaneció cercano a la pastoral parroquial. Inició su ministerio pastoral como coadjutor de la parroquia de San Juan Bautista de Estella. Se encarga posteriormente de la Acción Católica en Navarra y en el ámbito nacional, amén de su dedicación al Seminario de Pamplona, a capellanías de Religiosas, Javieradas, enseñanza, ejercicios espirituales, misiones...

Se destaca con singular valoración su responsabilidad parroquial. Por testimonios de fieles de la parroquia de San Fermín de Pamplona, que D. José María inauguró siendo párroco de la misma, fue un cura muy tratable, con conocimiento y amor a sus fieles, con cercanía personal, “nos quería con detenimiento”. Sus últimos años en Pamplona le caracterizaron como Arcipreste del Arciprestazgo Sur de la capital navarra y Vicario Episcopal de la ciudad, y sobre todo, el ser párroco de San Miguel de Pamplona. “Menuda jugada nos han hecho nombrándole Obispo”, repetían sus feligreses.

Fue un párroco episcopable, y en Jaca podemos decir que ha sido un Obispo Párroco. En este momento entra en el despacho parroquial de Santiago de Jaca un buen catequista de la parroquia; es Emilio quien, al ver el encabezamiento de estas líneas, exclama: “Ante todo era un párroco antes que un obispo, yo siempre lo he dicho”.

De otros hemos oído: “Habla y se para con todos... es un hombre de a pie... comunica optimismo... es conciliador y ameno... lo vamos a sentir mucho, se hace inteligible, habla y predica bien, con sencillez”. No se trata de “la hora de las alabanzas”. Procede hacerle justicia a su cercanía en los momentos de programación,

acciones y celebraciones parroquiales. Siempre se ha ofrecido a colaborar en las parroquias, a sustituir en ausencias obligadas. Ha trabajado con los catequistas, reiteradamente se ha responsabilizado de las Conferencias Cuaresmales, no ha faltado al Rosario de la Aurora; año tras año ha peregrinado en grupo en las etapas del camino de Santiago por nuestra geografía diocesana. Acaba de telefonarme D. Jaime Gracia, canónigo encargado de las peregrinaciones a Santiago, y que ha sido amigo y colaborador con nuestro Obispo en la Acción católica; D. José María ha presidido tres peregrinaciones diocesanas a Santiago de Compostela, haciendo la ofrenda al Apóstol; hoy mismo se ha ofrecido por su eterno descanso la Misa del Peregrino en aquella Catedral Compostela, casualmente ha participado en la Misa un sacerdote peregrino de Zaragoza ordenado diácono por D. José María; “mi condolencia y pésame a sus hermanas y familia” ha dicho D. Jaime. Peregrinó con nosotros a Tierra Santa en 1995, al Pilar de Zaragoza en el Año Mariano, siempre como el primer y más solidario compañero. No ha faltado en las romerías de Santa Orosia; presente en fiestas y religiosidad popular, animador de nuestras cofradías, procesiones y celebraciones en la Semana Santa; siempre obispo y pastor.

Recordaremos agradecidos a D. José María; lo hemos querido. Su última celebración en esta parroquia de Santiago de Jaca fue el 20 de mayo, día en que administró el Sacramento de la Confirmación a veintiún jóvenes; al final, comentaron después, se sintió cansado, pero él no dijo nada.

“Una Rosa”. Fue la expresión de un cariñoso e infantil detalle. El domingo 7 de octubre, en la Misa de Catequesis, ante el envío de los catequistas, al comunicar mi inmediata visita al Obispo gravemente enfermo, dije a los niños: ¿qué queréis que diga y lleve a D. José María?. Desde el corazón y labios de un niño de siete años brotó la respuesta: “Una rosa con todos nosotros como pétalos”. Días antes, sobre el lecho del dolor, él me había dicho: “Diles que tengo mucha paz y que éstos son los caminos del Señor”. D. José María, Descanse en Paz.»

A este emocionado testimonio de Marino Sevilla, párroco de Santiago en Jaca, se sumaban otros más anónimos, pero no menos sentidos: «Para mi vecino más querido». «A nuestro mejor obispo». Muestras de cariño que sus diocesanos fueron reflejando en el libro de firmas instalado en la antesala de la capilla ardiente, en la residencia episcopal. Y también el Ayuntamiento de Jaca se sumó al reconocimiento y decretó tres días de luto. La corporación jaquesa aprobó por unanimidad conceder, a título póstumo, el nombramiento de Hijo Predilecto al que ha sido su Obispo y que una de las nuevas calles de la ciudad lleve el nombre de José María Conget.

No se olvidará fácilmente en Jaca la memoria de este hombre. La lectura de sus últimas voluntades, al comienzo del funeral, supuso la revelación de todo un testamento espiritual. Como posteriormente supimos, este texto había sido escrito por el Obispo durante unas jornadas en 1997. En él, así lo manifestó el Vicario General de Jaca, Fernando Jordán, «se refleja la bondad, profundidad de fe, hondura y esperanza de Monseñor Conget». En ese documento, señalaba el Obispo: «Como nadie sabe la hora de la muerte, me dispongo a decir Amén con un Aleluya. Y doy gracias

al Señor por una vida fácil con más alegrías que penas». Y concluía: «Cuando muera, me gustaría poder decirle al Señor las palabras de San Francisco Javier: “Cinco talentos me diste, cinco te devuelvo”. No es verdad del todo, pero me hago esa ilusión». Además, y conforme a los deseos de José María Conget, la colecta que se realizó durante el funeral se destinó a un proyecto de Manos Unidas.

Llevaba meses esperando la «buena muerte» en la Clínica Universitaria de Navarra. Su despedida de la vida fue larga y dura, y en los últimos días, así lo sabemos por el testimonio de quienes le acompañaron, su mirada siempre amable pedía a gritos el encuentro definitivo con el Dios que tanto quería. Unos días antes de morir le mandó, por medio de un familiar, una nota al Obispo de Huesca. En esa nota le decía: «Javier, nos veremos en el cielo».

Ha sido, al parecer desde niño y casi por naturaleza, un hombre bueno: una buena persona, un buen cristiano, un buen párroco y un obispo bueno. No fue de los obispos a los que la mitra se les subiera a la cabeza. De hecho fue nombrado obispo cuando no esperaba «las mieles y las hieles» del episcopado. Llegó a Jaca y se metió a la diócesis en el bolsillo. En los últimos once años de su vida, en su corazón, han convivido, junto al de Dios y los ya señalados y el de Jaca, los amores por Manos Unidas y la Acción católica. A ellos ha entregado su vida y han sido las niñas de sus ojos.

Pero hay una dimensión o faceta de su vida que no ha sido, a mi juicio, debidamente explicitada. Si bien es cierto que José María Conget era una persona dulce y afable, no lo es menos que también fue profeta y tuvo palabras de profeta cuando las circunstancias y la fe así lo requerían.

Tuvo ocasión de demostrarlo cuando dos jóvenes de la Guardia Civil fallecían víctimas de un atentado terrorista en Sallent de Gállego el mes de agosto de 2000. O más recientemente, el día en que ETA mató a su amigo Manuel Jiménez Abad, cuando pronunció una homilía de la que se hicieron eco todos los informativos nacionales: «A ETA y su entorno les llamamos, con palabras bíblicas, Caín. Porque tienen el corazón y las manos teñidas con la sangre de un hermano. Quienes colaboran con ETA no merecen el nombre de cristianos». Pero también supo, en medio de esa situación, ser sembrador de esperanza: «El corazón nos dice que en el horizonte está la paz, porque la necesitamos, porque así no se puede vivir, porque somos más y tenemos limpio el corazón y las manos».

Le pesaba y le preocupaba la violencia terrorista. Estaba muy sensibilizado, y también sentía miedo. A mediados de los noventa tuvo en su mano todas las «papeletas» para ir de Obispo a Vitoria. Y en aquellos días vivió con desazón tal posibilidad. Finalmente, permanecer en Jaca, supuso para él un alivio.

Nunca perdió su optimismo natural: «estupendo» era una de sus palabras más frecuentes. Ni tan siquiera cuando aparecieron los primeros síntomas que anunciaban una lenta y dolorosa enfermedad. También en eso ha sido testigo.